

# Formarse para informar. Un curso de ética para periodistas

María José Lecaros

*Periodista titulada en la Pontificia Universidad Católica de Chile y Doctora en Comunicación Pública por la Universidad de Navarra, España. Docente en la Universidad de Chile, Universidad Católica y Universidad de Los Andes, habiéndose desempeñado como Directora de la Escuela de Periodismo de estas dos últimas Universidades. Actualmente es Presidente del Consejo de Ética de la Federación de Medios de Comunicación Social y Vicerrectora en la Universidad de Los Andes*

## 1. LOS PERIODISTAS SON TAMBIÉN “OPINIÓN PÚBLICA”

Desde hace más de veinte años hago clases de ética periodística en la universidad. Es un curso complejo y fascinante, lleno de desafíos. Simplificando, se puede afirmar que hay dos modos de dictarlo: los europeos tienden a ir al fundamento del problema, les interesa aclarar los principios que están en juego. En Norteamérica se trabaja en sentido inverso: a partir de un caso particular — y en general real— se invita al alumno a pensar de un modo ético. La primera es una fórmula más “teórica”; la segunda, más próxima a la realidad profesional. Ambas tienen ventajas y desventajas.

Pero para los alumnos el interés es otro: simplemente quieren aprender a hacer periodismo.

Mirando hacia atrás recuerdo cómo, después de dictar las primeras clases de ética periodística, me encontré con que los alumnos enfrentaban la materia de un modo imprevisto: algunos, los más positivos, buscaban en el curso “recetas” efectivas para su futuro trabajo profesional; la mayoría, sin embargo, estaban resignados al aburrimiento. Les parecía oír sólo vagas teorías. Los estudiantes de periodismo suelen tener una vocación marcada: les interesa lo concreto, la noticia, llegar rápido al lugar del acontecimiento y ser los primeros en informar, pulir

su estilo, manejar la tecnología, conocer las fuentes. La clase, tal como fue planteada al comienzo no era atractiva. Fue necesario cambiar el enfoque del curso.

Había que volver a pensar en qué necesita aprender un alumno en una clase de ética periodística. No parecía importante que aprendiera “recetas”, como tampoco un elenco de problemas que —dado lo cambiante de la profesión— quedarían rápidamente en desuso; todavía menos, aludir a diferentes escuelas filosóficas —siempre lejanas para ellos— o a vagos “principios”.

La solución fue simple y eficazísima: logró captar el interés de los alumnos y hacerlos pensar. Al preparar estas palabras me doy cuenta de que le debo todo el enfoque de este curso al Beato Josemaría. Como a través de un “plano inclinado”, y gracias al espíritu que incansablemente predicó, dimos con una solución magnífica —y lo puedo calificar así porque la solución es suya— para dictar el curso de ética periodística.

Nos pareció —y hablo en plural porque el curso lo trabajamos con un grupo de ayudantes recién egresadas, periodistas y filósofas, que fueron fundamentales para perfilarlo— que lo central era que los alumnos captaran que hablar de ética periodística no era algo diferente a hablar de calidad informativa; de trabajo bien hecho, de ser un buen profesional, de hacer un aporte concreto a la sociedad. El Beato Josemaría lo dice de modo claro y gráfico: «Es hora de que los cristianos digamos muy alto que el trabajo es un don de Dios [...] todo trabajo es testimonio de la dignidad del hombre [...]. Es ocasión de desarrollo de la propia personalidad. Es vínculo de unión con los demás seres, fuente de recurso para sostener a la propia familia; medio de contribuir a la mejora de la propia sociedad, en la que se vive, y al progreso de toda la Humanidad»<sup>1</sup>.

Un curso de ética periodística, por tanto, tenía que ser un curso en el que se enseñara a trabajar, a trabajar bien, a trabajar con libertad y con responsabilidad personal. Un curso en el que se mostrara cómo el trabajo bien hecho, perfecciona a quien lo realiza. No es una teoría, es vida.

Pero antes de avanzar en dar cuenta de cómo preparamos el curso, hay que explicar otro tema.

## 2. LOS PERIODISTAS SON TAMBIÉN PÚBLICO

Habitualmente se suele pensar en periodista y público como dos realidades diferentes: los primeros informan, los segundos reciben la información. Pero los informadores son también público: ellos son moldeados por las opiniones de la

<sup>1</sup> *Es Cristo que pasa*, 47.

fuente, heredan las rutinas de trabajo de las empresas informativas, son influidos —igual que el gran público— por las grandes tendencias sociales, lo que está de moda, lo “políticamente correcto”. Si científicamente está demostrado que la opinión pública está fuertemente “enmarcada” por los periodistas —la conocida tesis de la *agenda setting* y del *framing*—, también está demostrado que hay una serie de variables importantes que forman o deforman a los propios periodistas. El concepto de “opinión pública” no sólo hace referencia a grandes multitudes; también se aplica a grupos pequeños como el de los periodistas. Con una particularidad: la opinión pública de los informadores tiene enorme influencia: trasladamos nuestras propias percepciones, valores y modo de enmarcar la realidad, al público.

Este fue el punto de partida para organizar el curso de ética periodística: los periodistas estamos siendo influenciados e influenciados. Aunque parezca obvio, es importante hacer esta aclaración. Porque se suele pensar que los periodistas son esos informadores “neutrales” que entregan información pura y dura sin enmarcarla en unos determinados valores, sin darle sentido a los acontecimientos.

Lograr que los alumnos descubran que son frágiles y están expuestos a las opiniones ajenas fue un objetivo importante. En esta profesión —como sucede probablemente en todas— el carácter y la personalidad del profesional inciden de modo central en el producto. Las virtudes y los defectos “marcarán”, aunque no lo queramos, el servicio prestado para bien o para mal; y deformarán día a día al periodista.

Por tanto, la preocupación primordial para el periodista —como para toda persona— debe ser la propia formación. Esto, antes de informar, antes de pensar en cómo se utilizará la tecnología, en cómo llegar al público con rapidez. Las personas formadas y con conocimiento son las únicas verdaderamente independientes y libres de coacciones externas. Un periodista que quiere hacer información de calidad, marcar un plus a la información, debe comenzar por trabajar consigo mismo; desde conocer y moldear el propio carácter hasta —lo cual es más fácil— adquirir conocimientos sólidos; ser capaz de distinguir lo fundamental de lo accidental. En definitiva al ratificarse como persona en cada acción será más persona, mejor persona. Y sabrá servir al público — porque lo conocerá bien— respetando su dignidad.

Los periodistas no somos distintos. Nuevamente en palabras del Beato Josemaría: «...el hombre que tiene fe y ejerce una profesión intelectual, técnica o manual, es y se siente unido a los demás, con los mismos derechos y obligaciones, con el mismo deseo de mejorar...»<sup>2</sup>.

<sup>2</sup> *Es Cristo que pasa*, 53.

Fue necesario reiterar en el curso lo obvio: que los periodistas somos *uno más*.

### 3. CÓMO SE ORGANIZÓ EL CURSO

El curso al que se llegó, intentó romper con la imagen que tiene el alumno de este tipo de materias como “no periodísticas”, alejadas de la realidad e, incluso, en cierto sentido, “dogmáticas”. Estos cursos no tienen sentido si no iluminan la profesión y, alejándose de teorías y palabrerías, forman para la acción. Por ello se trabajó para estar al día en el “estado de la cuestión” de la profesión, y se hizo alusión permanentemente a ella.

Los contenidos que se pueden plantear son, por esto mismo, variables. Toda profesión mantiene un núcleo inalterado de acciones “propias”: cuestiones como la intimidad, la honra, el secreto, las fuentes, son temas que, año a año, se tratan variando sólo los casos en los que se aplican. Pero fue indispensable incorporar nuevas situaciones y acciones profesionales. En este último tiempo se comenzó a analizar, desde un punto de vista ético, la indefinición del objeto mismo de la profesión; el impacto de las nuevas tecnologías; los cambios en las condiciones laborales; la globalización; la irrupción, sobre los soportes informativos, de profesiones cercanas a la información; y el giro en la mentalidad de los profesionales: del periodismo como servicio al periodismo como fuente de poder, como entretenimiento o como simple expresión personal. Ha habido que analizar fórmulas de éxito que plantean dilemas éticos, como el “infotainment”, los “docudramas” y los “reality shows”.

Finalmente, el tono general del curso ha intentado alejarse de las recetas. Se ha debido resistir la presión del alumno que pide soluciones “prácticas” y rápidas. Por el contrario, se les anima a opinar y argumentar; sopesar las situaciones; tomar decisiones personales, más que grupales, jugarse por una determinada opción y argumentarla de un modo académico. Les hicimos ver que la petición de recetas y soluciones suele ser manifestación de la “ética minimalista” de la que habla el Papa en la Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte*<sup>3</sup>.

<sup>3</sup> «Como el Concilio mismo explicó, este ideal de perfección no ha de ser malentendido, como si implicase una especie de vida extraordinaria, practicable sólo por algunos “genios” de la santidad. Los caminos de la santidad son múltiples y adecuados a la vocación de cada uno. Doy gracias al Señor que me ha concedido beatificar y canonizar durante estos años a tantos cristianos y, entre ellos a muchos laicos que se han santificado en las circunstancias más ordinarias de la vida. Es el momento de proponer de nuevo a todos con convicción este “*alto grado de la vida cristiana ordinaria*» (JUAN PABLO II, Carta Ap. *Novo Millennio Ineunte*, 31).

#### 4. EL PUNTO DE VISTA DE “LO PEQUEÑO”

El Beato Josemaría insistió muchas veces en el valor de lo pequeño: «Te has parado a considerar la suma enorme que pueden llegar a ser “muchos pocos”?»<sup>4</sup>. El curso entero se sustentó en este descubrimiento, que es un buen test para medir el nivel profesional.

La calidad de la acción profesional no se juega en las grandes cuestiones casi nunca, repetimos a lo largo del curso. Sí, en los detalles pequeños. ¿Qué hace valiosa una nota periodística?, ¿qué la distingue de una mediocre? el detalle de verificar la cifra, el nombre, la dirección. El detalle de tomar en cuenta un gesto. El detalle de, aparentemente, detener el trabajo para buscar el sinónimo más adecuado, revisar las imágenes una y otra vez para elegir la mejor.

Todos los alumnos tienden a rechazar la pornografía y el sensacionalismo como una fórmula de la cual quieren alejarse. Mostrar la trascendencia de lo “pequeño” llevó a hacer ver que se puede preparar muy bien el terreno para estas fórmulas periodísticas antiéticas e indignas cuando se descuida —en lo pequeño— el pudor, el respeto a la honra y a la vida privada de las personas, el secreto profesional; cuando se deja pasar —por considerarla “poco importante”— una fotografía secundaria indecente, una toma rápida, un adjetivo injusto o desconsiderado, un titular inadecuado, cuando se habla de más.

El producto de calidad periodístico está armado, igual que un rompecabezas, de muchos “pocos” en los que, si cada uno ocupa el lugar que le corresponde, darán una imagen llena de sentido; y si están fuera de lugar, mostrarán una imagen desproporcionada, desfigurada, sin sentido.

La valoración de “lo pequeño” no se pasó de modo teórico, como una clase más, sino que se reiteró a lo largo de todo el curso; aplicándolo a cada cuestión tratada.

#### 5. LA EXPERIENCIA DE TEMAS “VENDEDORES”

Los temas que se pueden incorporar en este tipo de cursos son variados; a la hora de determinar el programa, tratamos de pensar en las características de los alumnos de cada promoción para incluir o enfatizar una determinada cuestión. Aquí se da cuenta sólo de algunos de estos temas y del lugar del programa en el que se les ha incluido. El principio es siempre el mismo: alejarse de la teoría y acercar el curso a la vida. Descubrimos que los temas más atractivos para los alumnos son los que podrían denominarse “formativos”.

<sup>4</sup> *Camino*, 827.

La realidad de la santificación del trabajo es un punto de vista que ilumina y se reitera a lo largo de todo el curso. Se suele plantear al inicio, al hablar de qué es una profesión y qué es el trabajo. El alumno tiende a valorar su trabajo por el aporte que hace a la sociedad; pero suele ser un descubrimiento la dimensión del trabajo como modo de perfección, como medio de santidad personal. Descubrir el trabajo en esta doble dimensión objetiva y subjetiva les parece enormemente atrayente. Planteamos permanentemente la acción profesional como santificante, y procuramos enunciarlo en términos que resulten atractivos para los alumnos: como una superación de “una vida mediocre”<sup>5</sup>.

La realidad de las virtudes, tan unida al tema anterior, suele ser otro descubrimiento para los alumnos. En Chile se han puesto de moda los textos de “autoayuda” y de “superación personal” entre la juventud. La experiencia nos mostró que una sesión fuerte sobre virtudes —que bien pueden ser planteadas como hábitos profesionales— produce gran interés; especialmente atractivo resulta tratar, justamente, aquellas virtudes de las que no se ocupan esos textos: la fortaleza, la prudencia, la justicia, la sinceridad y lealtad. Descubrimos que un buen momento para analizar este tema era al analizar la compleja relación entre periodista y fuente.

La magnífica realidad de la persona humana y su dignidad surge espontáneamente al analizar temas como la honra o la intimidad y la vida privada. Nos ha dado buen resultado entregar textos cortos, bien seleccionados, que muestren esta dimensión en toda su profundidad; para otro tipo de alumnos conviene comentar películas o novelas que muestren valores humanos. Este tipo de cuestiones se presta, también, para analizar temas como el pudor, la moda y la vestimenta: áreas que despiertan gran interés cuando se les enmarca en la acción profesional.

La conciencia suele ser una realidad absolutamente ignorada por los alumnos; y por tanto, presentada atractivamente se puede desarrollar en profundidad. El punto de partida se suele plantear a partir de un caso periodístico. Preguntas como ¿qué hizo?, ¿cuál fue su intención?, sirven para iniciar la clase. La cuestión del bien y del mal, la libertad, la capacidad para conocer y adherir al bien son áreas poco trabajadas con los alumnos y que se pueden “colocar sobre el tapete”

<sup>5</sup> «En realidad, poner la programación pastoral bajo el signo de la santidad es una opción llena de consecuencias. Significa expresar la convicción de que, si el Bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la inhabitación de su Espíritu, sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial. Preguntar a un catecúmeno, “¿quieres recibir el Bautismo?”, significa al mismo tiempo preguntarle, “¿quieres ser santo?” Significa ponerle en el camino del Sermón de la Montaña: “Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial” (Mt 5, 48)» (*ibidem*).

a propósito de cualquier decisión periodística. La distinción — tan profunda y a la vez tan gráfica— que hace el Beato Josemaría entre “libertad de conciencia” y “libertad de las conciencias”<sup>6</sup>, les abre un panorama nuevo. Es habitual que sean los propios alumnos los que, enfrentados a este tema, planteen la posibilidad de rectificar, de aprender de la experiencia, del perdón.

Con frecuencia nos encontramos con dos viejos lugares comunes periodísticos —la objetividad y la neutralidad informativa— que siempre interesa tratar a fondo. La cuestión de la objetividad se aclara si se la analiza desde la realidad más profunda de la verdad. Resultó bien enfrentar al alumno, aunque le parezca un problema árido, a la compleja cuestión de la verdad, al modo de conocer del hombre, con toda su grandeza y limitación. Es importante que distingan entre opiniones, “verdad” y “expresión”, etc. Es quizá el tema más complejo de tratar, puesto que tienen una cierta desconfianza o pesimismo respecto de la verdad y la posibilidad de alcanzarla. Suele resultar bien analizar la verdad a partir del tema de las fuentes, cuestión crucial para todo periodista.

Al tratar este tema damos un paso más y abordamos la cuestión de la “neutralidad”, esa postura anímica en la que el periodista se desentiende de la realidad y sólo se remite a dar cuenta de lo que sucede: cuestión que se hace aún más compleja en las sociedades pluralistas actuales. En estos casos es necesario enfrentar a los alumnos a los problemas directamente; hacerlos trabajar de un modo profesional: redactan un reportaje sobre una cuestión controvertida donde deben comprometerse y abandonar esa pseudo-neutralidad. Los temas ideales para trabajar son los que aparecen indicados por el Papa al hablar de los “retos actuales”<sup>7</sup>; y la solución a cómo deben ser trabajados, la da también el Papa<sup>8</sup>.

<sup>6</sup> Cfr. *Amigos de Dios*, 32.

<sup>7</sup> «¿Podemos quedar al margen ante las perspectivas de un *desequilibrio ecológico*, que hace inhabitables y enemigas del hombre vastas áreas del planeta? ¿O ante los *problemas de la paz*, amenazada a menudo con la pesadilla de guerras catastróficas? ¿O frente al *vilipendio de los derechos humanos fundamentales* de tantas personas, especialmente de los niños? Muchas son las urgencias ante las cuales el espíritu cristiano no puede permanecer insensible».

«Se debe prestar especial atención a algunos aspectos de la radicalidad evangélica que a menudo son menos comprendidos, hasta el punto de hacer impopular la intervención de la Iglesia, pero que no pueden por ello desaparecer de la agenda eclesial de la caridad. Me refiero al deber de comprometerse en la defensa del respeto a la vida de cada ser humano desde la concepción hasta su ocaso natural. Del mismo modo, el servicio al hombre nos obliga a proclamar, oportuna e importunamente, que cuantos se valen de las nuevas potencialidades de la ciencia, especialmente en el terreno de las biotecnologías, nunca han de ignorar las exigencias fundamentales de la ética, apelando tal vez a una discutible solidaridad que acaba por discriminar entre vida y vida, con el desprecio de la dignidad propia de cada ser humano» (JUAN PABLO II, Carta Ap. *Novo Millennio Ineunte*, 51).

<sup>8</sup> «Para la eficacia del testimonio cristiano, especialmente en estos campos delicados y contro-

La cuestión del dolor es un área particularmente rica. Hay sectores informativos que deben dar cuenta de hechos dolorosos. Cómo hacerlo sin caer en el sensacionalismo, en la truculencia. Nuevamente un buen derrotero es ahondar, antes, en la realidad del dolor, como fuente de crecimiento personal, de compasión con el otro. Como realidad que acompaña siempre al hombre en la tierra; y que lo puede llevar a salir de sí mismo o, por el contrario, a encerrarse en su egoísmo.

Y, en todos estos temas, aparece reiteradamente planteada por los alumnos, la cuestión de la libertad. No la mera libertad de expresión, sino aquella más amplia, «el claroscuro de la libertad humana» como la llama el Beato Josemaría<sup>9</sup>. Y así, clase a clase, se va perfilando con toda potencialidad la maravilla de la libertad de la persona.

## 6. LA METODOLOGÍA

Hemos trabajado habitualmente con el sistema de casos. Ha sido interesante, puesto que obliga al alumno a pasar del plano puramente teórico al práctico. Le exige un compromiso en lo profesional, dimensionar los grados reales de dificultad que tiene el ejercicio profesional.

También hay trabajos prácticos: ellos deben asumir “temas difíciles” y solucionarlos bien. Este tipo de ejercicio es aún más enriquecedor. Les permite ensayar hasta qué punto son capaces, ellos mismos, de actos “heroicos” pequeños al hacer su propia nota periodística.

Hacia el final del curso se les envía a hablar con periodistas en ejercicio para conocer los dilemas éticos que ellos enfrentan. Con asombro descubren los alumnos que son capaces de evaluar estas acciones y que pueden sugerir soluciones. Se dan cuenta que han adquirido un modo de pensar. Y también constatan cómo la conciencia puede ser fina o cegarse a determinadas realidades.

vertidos, es importante hacer un gran esfuerzo para explicar adecuadamente los motivos de las posiciones de la Iglesia, subrayando sobre todo que no se trata de imponer a los no creyentes una perspectiva de fe, sino de interpretar y defender los valores radicados en la naturaleza misma del ser humano. La caridad se convertirá entonces necesariamente en servicio a la cultura, a la política, a la economía, a la familia, para que en todas partes se respeten los principios fundamentales, de los que depende el destino del ser humano y el futuro de la civilización» (*ibidem*).

<sup>9</sup> Cfr. *Amigos de Dios*, 24.

Las decisiones que se les pide no están jamás planteadas en plan de “publicar” o “no publicar”. Para un periodista de calidad, la pregunta central debe ser qué publico, cómo lo publico, cuándo lo hago.

En definitiva, lo que hacemos en el curso es recordar a los alumnos su responsabilidad personal: lo que está en juego en su trabajo y la posibilidad de ver en su trabajo algo más que una actividad aséptica. Se trata de poner de manifiesto el servicio que se presta, así como su valor trascendente: en el fondo, recordar que, como decía el Beato Josemaría, «hay un *algo santo*, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir»<sup>10</sup>.

## 7. EL DESAFÍO FUE PARA NOSOTROS

Suele decirse que para construir las catedrales medievales fue necesaria mucha fe, pero también se requerían conocimientos técnicos: geometría. Del mismo modo, para ser un buen profesional se requiere de los conocimientos propios de la profesión, no sólo de principios éticos. Hay que estar al día de las innovaciones, las nuevas fórmulas, los cambios tecnológicos, las nuevas rutinas del trabajo profesional. Las primeras que debimos mantenernos al día —en “la geometría”— fuimos las profesoras. Con la misma intensidad que estudiábamos los problemas éticos debimos leer las publicaciones especializadas que daban cuenta de los cambios vertiginosos de esta profesión. Había que preparar a los alumnos para el futuro. Y al mismo tiempo: fe. Era necesario que el alumno viera en cada acción no sólo el mero producto realizado (en este caso un servicio al público) sino, sobre todo, una ocasión de realización personal, pues cada acción perfecciona a quien la ejecuta, ya que el hombre no *es* tanto lo que cree o lo que dice, sino principalmente lo que hace.

Descubrimos que éste era, para los alumnos, un modo apasionante de trabajar y vivir, que les era hasta entonces desconocido.

<sup>10</sup> *Conversaciones*, 114.